

Sergio Colina Martín

LAS GUERRAS FRÍAS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
—COLECCIÓN BERBIQUÍ DE POESÍA, n.º28—  
MADRID • MMXX

De la obra © SERGIO COLINA MARTÍN

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Del prólogo © MIGUEL ALBERO

Imagen de cubierta: Toulouse-Lautrec

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Noviembre 2020

I.S.B.N: 978-84-122076-5-1

Depósito legal: M-27424-2020

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## Prólogo

### P L E G A R I A

Por Miguel Albero

Desde que Rimbaud deslumbró al mundo con la cara sucia y el pelo revuelto, asumimos que la poesía es casi un sinónimo de juventud, que el poeta tiene que aparecer en esos años tempranos. Luego puede desde luego envejecer, que como dijo el maestro es el único modo de vivir muchos años; perderse como Arturo en Abisinia o convertirse en poeta oficial para dar pregones y participar en jurados con premios ya concedidos muchos días antes de la reunión y de la consabida cena. Pero debe, en todo caso, mostrarse en edad temprana. Y los hay que siguen escribiendo y dan lo mejor de sí mismos en la madurez, y los hay que dejan de escribir como de nuevo el mal peinado, porque la poesía se agotó para él, o como Jaime Gil porque escribe para construirse una identidad y, construida ésta, ya no tiene sentido escribir más.

Sirva esta introducción para empezar a hablar de los poemas que contiene este libro, de estas guerras frías donde hay mucha batalla, pero frialdad ninguna; donde descubrimos a un poeta que ya no tiene los quince años del capitán que los tenía, aunque tampoco ha alcanzado aún la edad de desmerecer. Y los suyos parecen ser poemas de madurez, obra de alguien que ha publicado ya muchos versos, que no se nos presenta.

La segunda impresión que causa la lectura de este libro es la inequívoca presencia del rasgo que yo más aprecio en la poesía, que, al menos para mí, tiene que contener otros, pero no privarse de él para decir algo, si quiere de verdad conmovernos. Y ese rasgo es la contundencia, algo que aprendí a través de Juan Bonilla, poeta que por cierto la practica con destreza. En su poema *La ambición de Gottfried Benn*, toda una poética del escritor jerezano, Bonilla proclama:

*La poesía se propone pronunciar una verdad intolerable,  
si sus palabras no te alcanzan de una manera física  
—puñetazo en el hígado, en los labios mordisco, un vértigo en los ojos  
entonces no es más que onanismo.*

Y desde ese hijo llamado Dante, al que enseña *a fracturar metatarsos con sus propias manos*, hasta ese *ayer arrojé por las escaleras a mi único amor*, no hay en este poemario concesión alguna al onanismo, a los versos de salón, a la palabrería. Poemario que es poema y no conjunto de poemas, pese a sus secciones

bien estructuradas y con nombres propios. Porque, aunque vayamos del poeta al mundo, del yo a los otros, del yo al otro, aunque recorramos esos lugares de otros ámbitos y esos animales de otros mundos, que siempre están en éste, hay aquí un poemario unitario, que nos traslada, con esa contundencia, a un territorio propio, el territorio del poeta. Aquí hay un poema, además de un poeta.

Porque ese es otro rasgo de este libro, que tiene que ver con cuanto afirmaba yo al principio: nos encontramos aquí con un poeta hecho, con un poeta con una voz que parece haber sido construida por el tiempo, tejida de vida y de lecturas, de viajes y de versos, y que se ha ido destilando hasta tener esa contundencia. Voz que destaca por otro de los rasgos que debe exigírsele al poema, el ritmo, esa música interna imprescindible. Aquí, esa voz marcada por su ritmo convierte la contundencia en la cadencia de una plegaria, más que en aquel puñetazo al hígado que reclamaba Bonilla. Como la oración de alguien que se asomara al mundo para contar el suyo, alguien que fuera, con paciencia, con tesón, con la cadencia del que está recitando un poema de otro o de los dioses, destilando una plegaria que golpea por continuidad, por no bajar nunca el ritmo ni la guardia, por no darte respiro, sin llegar al grito del desgarrero pero procurando, mediante esas imágenes poderosas que la acompañan, que las palabras nos alcancen de una manera física.

Y lo hacen, vaya si lo hacen. Eso vemos en este libro fantástico de Sergio Colina Martín, porque fantástico es (habría que haber empezado por ahí, pero no hemos querido empezar por ahí): vemos la reaparición tardía de un poeta con un mundo propio, cargado de imágenes, de referencias, de sentido. Y nada de esto es casualidad: es lo que permite que se haya destilado el estilo, que el poeta haya vivido, que haya terminado por configurar una voz —eso tan difícil de definir pero que está en la esencia de todo creador: o la construyes o no habrás dado lo mejor de ti mismo, el esfuerzo habrá sido inútil; luego será compartida o no, pero deberá ser—. Y en el caso de Sergio Colina esa voz está construida, está destilada, insisto; hay mucha vida y lectura detrás de estos versos, hay sin duda también mucha escritura, poemas que no vieron la luz, pero que ayudaron a conformar esa voz. Y esa voz nos trasmite en tono de plegaria la fuerza de las palabras, su misterio. Escúchenla, porque merece mucho la pena. Sólo hay algo que reclamarle al poeta, que no al poema. Que no tarde otra década en ofrecernos el siguiente.

1. COSMOLOGÍA  
DE LOS  
SIMPLES  
DE ESPÍRITU



INTRODUCCIÓN:  
EL ESPACIO



cae  
el mármol  
azul  
del ojo  
seco

tormenta  
de Venus

bajo mis uñas  
cascadas verdes  
del Iguazú

llora  
sapos  
o sopas  
la tela  
del viento

pare  
ovejas  
la madre

amor abismal